

Prólogo a EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA  
*Conferencias de Argentina, Madrid, Civitas, 2002*

1. *Los primeros homenajes*

En la década de los ochenta, un nutrido grupo de profesores iberoamericanos suscribimos una petición para que se diera el premio *Príncipe de Asturias* a don EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA. Antes y después, se sucedían y sucedieron por todo el mundo, como corresponde a su ecumenismo, las distinciones académicas, las *láureas*, los honores. *Más allá de las laudatios que serán y las que han sido*,<sup>1</sup> *más allá de la pompa*,<sup>2</sup> su fama y su prestigio no tienen fronteras, no tienen idiomas.

Ya no es la lengua castellana, es la lengua de los derechos. Sus auditorios se han multiplicado como los panes y los peces. No existe gran ocasión académica en el mundo desarrollado que no lo cuente como principal expositor. Ahí están los doscientos años del *Conseil d'État* para probarlo, las teleconferencias internacionales simultáneas a muchos países y academias.

En el alba de esta semana, hemos releído y escuchado con ensimismada unción su fervor de BORGES y nos aprestamos a dejarle, al caer la tarde, nuestro saludo final de éste su Buenos Aires,<sup>3</sup> en ésta su facultad.

Sabemos, gracias a él mismo, cuál es su numen. Si nos dejamos llevar por la mente, hallamos casi de inmediato al *imperfecto bibliotecario*<sup>4</sup> JORGE en *El nombre de la rosa*. Con ese eco de mil libros y mil simbolismos, con el *orden del caos*,<sup>5</sup> podemos encontrar el diapasón para intentar lo imposible, un nuevo homenaje

<sup>1</sup> Como parte del homenaje, se han tomado palabras y frases de la poesía de BORGES analizada por García de Enterría en su libro *Fervor de Borges*, Madrid, 1999. Se señalarán aquí algunas, remitiendo a las páginas del mencionado libro en el que ellas son referidas y comentadas. La presente corresponde a las pp. 133, 135 y 143. También se han utilizado títulos de trabajos de GARCÍA DE ENTERRÍA y trozos de frases suyas que serán fácilmente identificables.

<sup>2</sup> *Op. cit.*, p. 29.

<sup>3</sup> *Op. cit.*, p. 107.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, p. 133.

<sup>5</sup> *Op. cit.*, pp. 94 y 132.

al maestro. No un simple halago, sino la afectuosa reverencia, *l'affectueuse révérence*,<sup>6</sup> de quienes se inclinan ante los grandes.

¡Cómo decir algo en su homenaje que no haya sido dicho y mejor! Don EDUARDO sigue ganándose siempre nuestro renovado afecto con esa simpatía, bonhomía, *savoir faire*, calidez y sencillez a la que no mancillan los elogios, por más merecidos que son. Es que ese auténtico caballero, fino y austero, de mirada por momentos severa y por momentos plena de afecto, está mucho más allá de los elogios. A lo sumo, un reflejo de pícaro ironía destella a veces en su mirada cuando un extraño verso<sup>7</sup> regresa a su memoria. No aceptaría *estratagemas, retruécanos y argucias, ni la veneración de las astucias, los execrables juegos*.<sup>8</sup>

No necesita que lo defiendan de ser *el que ya ha sido, pues ya es otro*.<sup>9</sup>

## 2. Escritor, pensador

Que es un gran jurista, un grande entre los grandes, no lo describe. Ha resuelto, hace tiempo, aplicarse *al otro enigma y a las otras Leyes*.<sup>10</sup> Une lo profano del Derecho con lo poético, las letras, las montañas, sus montañas,<sup>11</sup> que pisa y camina *sin fatiga*,<sup>12</sup> como fiel reflejo de su vida. La poesía de su espíritu, la galana prosa de sus libros y de su verbo lo ubican en una categoría infrecuente en la historia del espíritu: Un gran escritor, un gran pensador.

Hombre apasionado por la vida y las ideas, con una amplitud de inquietudes, de intereses, de experiencias vitales, que requerirían varias vidas para ser vividas.

En esa pasión, no hay *delirios ni alucinaciones*,<sup>13</sup> sino un esfuerzo mantenido por la lucidez, por la clarividencia total sobre los grandes misterios del poder. Aunque lo embelesan, no son de él los tomos enigmáticos ni las *ediciones secretas*<sup>14</sup> o los *hermetismos*<sup>15</sup> que otros crean, sino la cristalina comprensión del maestro de maestros. Cuando habla o cuando escribe, no hay que preguntarse qué quiso decir, pues tiene el don de la claridad, ese don que no es fácil gracia del destino sino fruto del trabajo y la honestidad, de la integridad intelectual y moral que se construye en cada acto de la vida.

Debe enseñar. Por ello escribe, siempre. Como otro poeta, podría decir *J'écrit / Pour quoi? / Je ne sais pas / Parce qu'il faut*.<sup>16</sup>

<sup>6</sup> GEORGES BRASSENS, en homenaje a su poeta preferido.

<sup>7</sup> *Op. cit.*, p. 54.

<sup>8</sup> La principal referencia a este conjunto se encuentra en la obra citada, p. 39.

<sup>9</sup> *Op. cit.*, pp. 58 y 76.

<sup>10</sup> *Op. cit.*, pp. 64, 71, 76, 102 y 128.

<sup>11</sup> Ver su libro *De montañas y hombres*, 2ª. ed., Madrid, 2001, colección Austral.

<sup>12</sup> BORGES poeta utiliza mucho el vocablo, pero como verbo, pp. 55, 73, 133, 139, 141.

<sup>13</sup> *Op. cit.*, pp. 134 y 139.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 132.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, pp. 132 y 133.

<sup>16</sup> PAUL VALÉRY.

### 3. *La hermosa guerra*<sup>17</sup>

Para ofrecerle el doctorado *honoris causa* de nuestra alma mater, mis colegas han elegido un hombre venido del confín de Buenos Aires, del asfalto, pues quizás pensaron que debíamos darle un sabor de barrio, un *Je ne sais quoi* porteño, a su último homenaje de esta semana. *Otra cosa no soy que esas imágenes*.<sup>18</sup>

Desde éste que es también su Buenos Aires, desde nuestros *oscuros callejones*, recordamos y homenajeamos con el corazón a pleno su desafío de todos los tiempos por la libertad y contra el poder. Decir de sus virtudes... no alcanzan las estrellas; o tal vez *sea que no hay otra virtud que ser valiente*.<sup>19</sup>

En estas augustas paredes, retumba quizás la voz de algún orillero que hace un siglo entonaba en Buenos Aires *Yo soy de un barrio malevo/ Donde relumbra el acero/ Lo que digo con el pico/ lo sostengo con el cuero*.<sup>20</sup>

Por eso, *de este lado del ocaso*<sup>21</sup> es nuestro arquetipo. No los *arquetipos últimos*<sup>22</sup> que *el griego soñó del otro lado*,<sup>23</sup> no del mundo mitológico de héroes y *demiurgos*,<sup>24</sup> sino un arquetipo humano, con quien podemos debatir y disentir, como si fuéramos iguales. El amanecer arquetípico lo encontré, en la mitad del viejo siglo, atacando lo que otros, los que no piensan con el corazón, creían ser molinos de viento. No lo eran, bien lo demostró. Debieron finalmente ceder el paso a los nuevos tiempos, majestuosamente precedidos por don EDUARDO.

Un maestro en el más pleno sentido de la palabra; su temprana autoridad moral y científica lo hizo polo de atracción de cuantos pensaron que debían también librar, como él y en la estela de su paso, la lucha contra las inmunidades del poder, por el orden que es producto del equilibrio social y de la justicia.

Tuvo siempre la visión del estratega, del estadista, del que sabe mirar lejos y ver siempre el bosque, no solamente los árboles. Por eso, aquellas luchas lo vieron siempre vencedor. Hace poco, ha librado la batalla de las medidas cautelares y ya está venciendo. Se decía, hace medio siglo, que su escuela era el Ministerio de la Oposición. Qué va, era y es la fuerza moral de un país, la institución *iure proprio*, la alternativa de poder genuino, no aquel que se ejerce en los pasillos y trastiendas, sino el que deviene realidad a partir de la sola fuerza moral de quien lo transmite, lo irradia, lo dimana. No le hace falta ejercerlo, le es consustancial a su existencia como ser creador, como brújula, como inspiración creadora.

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 55.

<sup>18</sup> *Op. cit.*, pp. 20 y 47. El presente párrafo y el siguiente toman el Buenos Aires de Borges, *op. cit.*, pp. 117, 127, etc.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, pp. 59, 71, 77, 81 y 91.

<sup>20</sup> EVARISTO CARRIEGO, a quien BORGES solía recordar; *op. cit.*, p. 90.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, pp. 66, 140 y 143.

<sup>22</sup> *Op. cit.*, p. 63.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, pp. 63, 140 y 141.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, p. 130.

Libró la *hermosa guerra*.<sup>25</sup> Puso la intensa agudeza de su ingenio al servicio de las nobles causas. Ejemplarizó desde la Revolución Francesa, desde la tóptica, la justicia y no la norma transformada en burocracia. Nos deja su simiente intelectual y moral en todo el mundo, en los discípulos de su escuela y en los discípulos de sus discípulos: EDUARDO, *eres los otros. Su canon está cumplido*.<sup>26</sup>

#### 4. *Humanista*

He admirado siempre su espíritu libertario y humanista. He tratado de seguir sus grandes ideas y las ideas de aquellos que han continuado sus pasos. Pasan los años y así como el mundo cambia y se renueva, así también don EDUARDO tiene siempre la aguda percepción creadora. Cada vez que lo he visto he aprendido. Cada vez que lo he leído, he reflexionado. Cada vez que hablé con él, he crecido como hombre de Derecho, pero, por sobre todo, como persona humana.

EDUARDO, *no es polvo la palabra escrita por tu mano ni el verbo pronunciado por tu boca*.<sup>27</sup> *Tu verso incorruptible no morirá jamás*.<sup>28</sup>

*Sólo una cosa no hay. Es el olvido*.<sup>29</sup>

<sup>25</sup> *Op. cit.*, p. 55.

<sup>26</sup> *Op. cit.*, pp. 25, 42, 68, 69, 75 y 86.

<sup>27</sup> *Op. cit.*, p. 42.

<sup>28</sup> *Op. cit.*, pp. 20, 47, 54, 61, 103, 104, 118, 199, etc.

<sup>29</sup> *Op. cit.*, pp. 56, 65 y 142.